

RESEÑAS

BLECUA, Alberto. *Doce estudios cervantinos*, edición de Jesús Ricardo Córdoba Perozo, prólogos de José Manuel Lucía Megías y Joaquín Parellada. Madrid: Sial-Pigmalión, 2021, 360 pp.

Es una sensación extraña la que se experimenta ante estos *Doce estudios cervantinos*: la de que nos hallamos ante un libro oportuno y necesario, pero que no llegó a tiempo. No llegó porque su autor no alcanzó a verlo publicado; oportuno y necesario, porque siempre es hora de celebrar la lección de Alberto Blecuá como maestro, como crítico textual, como historiador de la literatura y también, según ocurre en el presente volumen, como cervantista.

No sabría decir si el cervantismo de Alberto —Alberto a secas, siempre y solo Alberto, por antonomasia y por cercanía— era constitutivo. Para él no fue una obsesión ni una dedicación profesional exclusiva, sino una opción, una ilustración particularmente rica de los interrogantes de orden más amplio que lo movieron siempre: la obra literaria en su tradición, sus condiciones de posibilidad, la elucidación de su sentido original, su transmisión material. A la vista de los trabajos reunidos aquí, no cabe menos que calificar esa opción de cons-

tante, puesto que se extienden desde 1967, en el que fuera su primer artículo publicado («A su albedrío y sin orden alguna»: nota al *Quijote*), hasta 2017 («Seis notas al *Quijote*»), con aportaciones distribuidas de forma equilibrada a lo largo de ese medio siglo y con una significativa presencia de textos pertenecientes al decenio de 2010, señal de que el interés por Cervantes y en particular por el *Quijote*, que Alberto había editado en 2008, siguió latiendo en él hasta el último momento.

Junto con la amplitud cronológica de los materiales reunidos, cifra en este sentido de toda una carrera como investigador, hay que destacar también la variedad de modelos genéricos cultivados, aun dentro de lo académico: conferencias convertidas en piezas de homenaje, artículos de alta especialización, pero también prólogos, notas de varia erudición, algún escrito de circunstancias e incluso, abriendo la serie, un artículo periodístico («Cervantes, regocijo de las reliquias») en el que Alberto glosó, con cervantina ironía, la cuestión del hallazgo de los restos de Cervantes. En aquellas páginas escritas en 2015 para el *ABC Cultural* apreciamos el fino columnista o apostillador ocasional que Alberto declinó ser. Es una perla que nos devuelve, en un marco

distinto del habitual, todas las dimensiones de su sabiduría y personalidad.

El fautor de estos *Doce estudios* ha sido José Manuel Lucía Megías, quien, en una presentación de decantado sabor cervantino, rebotante de admiración y amistad para con Alberto, nos enteramos de que el libro se fraguó en lo sustancial en el verano de 2019, solo medio año antes de su muerte. Sigue a ese pórtico una cariñosa semblanza del fiel amigo que siempre fue, y sigue siendo, Joaquín Parellada, parecida a la que muchos le oímos leer, emocionados, un tristísimo 30 de enero de 2020. La selección y el orden de los estudios es del propio Alberto, y va, como corresponde al aristotélico que siempre se jactó de ser, de lo general a lo particular, de lo incipiente a lo orgánico: de Cervantes a su obra, con particular concentración en el *Quijote*, que se lleva un tercio de los trabajos, para concluir con el magnífico artículo de 1974 sobre el *Baldus* castellano y su posible influencia tanto en la génesis de la picaresca como en muchas páginas cervantinas, en especial *El coloquio de los perros*. Extenso artículo que se reproduce en su totalidad y que cierra el volumen de la mejor manera posible. Solo dos de las contribuciones encuadradas («Cervantes, historiador de la literatura», de 2001, y «Cervantes y la retórica», de 1985, titulado ahora «Cervantes, la retórica y la lengua») habían aparecido antes en una recopilación: fue en *Signos viejos y nuevos*, publicada en Crítica en 2006, al cuidado de Xavier Tubau, y lamentablemente descatalogada (quizá sea por ello, o por las circunstancias en que hubo que completar el presente volumen, por lo que no hay en él mención alguna a aquel libro, que reúne la selección personal de los que Alberto consideró entonces sus mejores artículos de historia literaria, encabeza-

dos por un prólogo sencillamente magistral). Son, en suma, doce trabajos espléndidos, colosales pero nada épicos: todo lo que Alberto pudiera tener de Hércules lo ofrecía, en el escrito, de un modo ligero y ameno, con calculada *sprezzatura*.

En el breve espacio que permite esta reseña no cabe entrar en la caracterización de las distintas contribuciones, por otra parte bien conocidas de los especialistas y todavía vigentes. Son méritos de Alberto el haber iluminado el trasfondo retórico que subyace a la prosa cervantina y que posibilita algunas de sus páginas más conocidas; el haber llamado la atención sobre la constante preocupación de Cervantes por echar cuentas con el pasado literario para comprenderlo, discriminarlo y situarse en él; el haber escrutado con ojo certero el proceso compositivo de su obra maestra; el haber rastreado versos, referencias y alusiones a lo largo y ancho de sus páginas, siempre con tino y precisión. Puesto, no obstante, en la tesitura de seleccionar una de las piezas, una para que conozcan a Alberto quienes todavía no lo conocen, hoy me quedaría con las «Seis notas al *Quijote*», porque quien las leyere tendrá ante los ojos la amplitud y profundidad de su saber, su portentoso instinto de lector, capaz de ver y decir cosas nuevas allí donde otros, incluidos los mejores, miraron antes y no vieron nada; y, junto con ello, la discreción y altura intelectual necesarias para exponerlo de manera sencilla y humilde. Pudiera no parecerlo, pero esas notas, y la viva erudición que las anima, son un ejercicio endiabladamente difícil, casi de prestidigitador: el espectáculo de una mente inquisitiva que, al enfrentarse a los interrogantes, no se contentaba jamás con explicaciones a medias. No cabe mayor lección de filología, en la acepción más amplia que el término puede abarcar. Ni

tampoco de humanidad. Por estos *Doce estudios* —y otras muchas cosas—, el cervantismo deberá estar siempre agradecido al talento único de Alberto Blecuá.

GONZALO PONTÓN
Universitat Autònoma de Barcelona

FERNÁNDEZ BARGUES, Justo y LUCÍA MEGÍAS, José Manuel. *Manual del coleccionista de Quijotes*. Madrid: Pigmalión Ediciones, 2020, 730 pp.

No debería pasar desapercibido ni para el cervantista sesudo ni para el lector común interesado siquiera mínimamente en los temas culturales esta joya bibliográfica en la que se aúnan, conjunta y complementariamente, bibliofilia, pasión por el *Quijote*, sabiduría cervantista y rigor filológico para poner a nuestro alcance —generosidad y amistad unidas— un rico volumen de información que no deja de ser, también, una contribución de orden mayor para la historia de la cultura española, acaso —me atrevería a afirmar— de la universal, pues el *Quijote*, nacido en España, no deja de ser ya un patrimonio de toda la humanidad como, quizás, ninguna otra obra literaria haya alcanzado (véanse por ejemplo las pp. 283-284). Se trata de un libro, asimismo, al que no es difícil de calificar si se acude a las palabras cervantinas dedicadas a *Tirante el Blanco*: en mi opinión, también constituye un «tesoro de contento y una mina de pasatiempos», pues aunque inicialmente, antes de abrir sus páginas, pueda parecer un frío, seco, erudito catálogo bibliográfico, a nada que se comienza su lectura se nos abre un mundo de rica información, relatada con orden, eficacia y naturalidad que permite —ahora acudo a una manida cita del maestro Azorín— disfru-

tarlo de muchas maneras: «Los catálogos tienen un encanto especial. Se pueden leer por el principio, por el fin o por el medio. No es preciso que guardemos orden en su lectura. Y luego un catálogo es la obra más espléndida de imaginación. Ni novela ni poesía ni drama ni historia fabulosa suscita y enciende la imaginación más que un catálogo. Los catálogos más admirables son los de los libros. Quien ame apasionadamente los libros encontrará, a cada paso, motivos de sorpresa, de pasmo y admiración».

Se hallará el rigor filológico en las precisas descripciones bibliográficas que acompañan a cada una de las 100 ediciones y 8 colecciones de estampas seleccionadas. Este número solo ofrece la punta del iceberg, pues de cada una de ellas hay diversas emisiones, volúmenes con variantes de especial interés, reediciones, etc. Valgan dos ejemplos: el primer *Quijote* reseñado, bajo el epígrafe «1. Los *Quijotes* de Francisco de Robles (1605-1615)» (pp. 33-57), o los *Quijotes* de Rodríguez Marín, bajo el rótulo «75. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* [comentada por Francisco Rodríguez Marín]» (pp. 505-510). Si en el primero se nos regala precisa descripción de la edición príncipe de 1605 con registro detallado de los 23 ejemplares auténticos que se conservan (p. 36), lo mismo se hace de la segunda y tercera edición de Cuesta, como también de la primera de 1615; en el segundo se registran con detalle las diversas emisiones y versiones, con cambios sustanciales según cuál, de la que se puede considerar como la edición comentada y anotada del *Quijote* con mayor presencia en el siglo XX.

El extraordinario conocimiento del mundo de la bibliofilia permite ofrecer no solo una calificación de cada uno de los volúmenes registrados (según la impor-